

« AGUJETAS, CANTAOR »

Un retrato intimista del cantaor Manuel de Los Santos Pastores,
Agujetas de Jérez

FRAGMENTOS DEL GUIÓN

SECUENCIA 1. CAMPO EXT/AMANECER

Un gran campo de tierra se abre ante nosotros, un campo labrado con un camino de tierra justo en medio que se prolonga hacia el infinito.

La imagen está compuesta exactamente por una mitad de cielo, otra mitad de tierra.

El cante de las cigarras y de algún pájaro constituye todo el universo sonoro de ese plano.

A los lejos descubrimos a un hombre que avanza por el camino, hacia nosotros.

Sobre esa imagen aparecen esas palabras:

« El que defiende el “yo” defiende todos los “yos”, es el “nosotros”

Miguel de Unamuno

Poco a poco, a medida que va avanzando, nos damos cuenta que ese hombre canta.

Ya ha llegado a acercarse lo bastante para que podamos entender la letra de su cante:

*Dormir con una Morena
El médico me ha mandado
Dormir con una Morena
Que Medico tan amable
Que medicina tan buena
De este mal no muere “naide”*

El hombre remata su letra en el momento preciso en que se ha acercado tanto a nosotros que le vemos en un plano muy cerrado sobre su cara.

Se inmoviliza a la vez que deja de cantar.

Se trata de un gitano de unos 60 años aproximadamente.

Se queda un buen rato sin moverse: el tiempo necesario para poder recrearnos en esa cara, para poder descubrir la fuerza de su mirada. Se trata de una cara tallada en la roca, marcada por lo que se intuye que un vida muy intensa. La mirada desprende algo salvaje y una fuerte personalidad.

En Off, se presenta:

MANUEL AGUJETAS (en off)

*“-Yo me llamo Manuel de los Santos Pastores Agujetas de Jerez,
cantaor flamenco”*

Sobre la cara de Manuel Agujetas que sigue inmóvil, el plano se va aproximando más aún sobre sus ojos que desprenden ahora una actitud muy huraña y cierta desconfianza.

Sobre esa imagen, escuchamos la Voz en Off de Platero:

PLATERO (en off)

*«- Manuel es como el whisky cuando lo prueba uno por primera vez:... áspero,
sin una cosa que te agrada, ¿no? Pero, a medida que va pasando el tiempo, a
medida que vas probándolo, entonces es cuando tu captas lo que es un buen
whisky y lo que es un buen cantaor como Manuel... »*

SECUENCIA 2. PEÑA GORDO PROSPÍN INT/NOCHE

Las últimas palabras de Platero nos llevan a Manuel Agujetas cantando ante un público, acompañado magistralmente por Moraíto a la guitarra.

Manuel canta:

*Yo tuve celos del río
La noche que te bañabas
Yo tuve celos del río
Y al agua desafíe
Y tiré el cariño mío
y en la corriente se fue*

Quando remata esa letra descubrimos unas caras exultantes:

se trata de un concierto más bien íntimo por lo que podemos deducir que estamos en una Peña.

Es un público híbrido, compuesto por hombres y mujeres mayores, por unos cuantos jóvenes y hasta niños. Cuando empieza la segunda letra las

expresiones se concentran: escuchan con sumo respeto, ensimismados, enseguida no damos cuenta que son verdaderos aficionados al cante, personas que lo conocen y lo saborean.

Manuel Agujetas canta de manera muy intensa, es un cante, tal como lo indica Platero, “áspero”, en el que el cantaor se entrega por completo.

Acompaña su cante con gestos compulsivos de sus brazos, de sus manos.

Cuando remata su letra, estallan unos “olés” muy espontáneos, el público está lleno de una alegría y de un sentir especial y auténticos, no se trata de un concierto cualquiera.

(...)

(...)

(...)

SECUENCIA 6. FRAGUA DE MANUEL AGUJETAS. INT/DÍA

Manuel está trabajando en su fragua. Saca del fuego una barra de metal al rojo vivo. Poniéndola en el yunque, empieza a darle golpes con el martillo, empezando poco a poco a darle forma, luego la vuelve a poner en el fuego.

Pese a no ser ya el joven herrero que era, la fuerza y la precisión de su martilleo es impresionante, se nota el oficio de muchos años aunque desde hace ya tiempo sólo se dedica al cante. Al igual que ese, tiene el oficio de herrero totalmente asimilado, incorporado, es parte fundamental de su persona.

A compás del martillo sobre la pieza a la que va dando curva, empieza a cantar una letra por Martínete

*Caminito ya del valle
me puse a llorar un día
y me acordaba de mi madre
de la pobrecita madre mía...*

El cante le absorba demasiado y se gira hacia nosotros para seguir y rematar esa letra conmovedora y más por como la canta.

Mientras vuelve a coger el martillo nos cuenta como al principio, siendo joven, y pese a ser reconocido por los aficionados como un cantaor ya hecho y derecho, y que prometía, él se resistía a ser un “profesional” del cante, a vivir de ese legado de tal valor que consideraba indigno venderlo por “4 perras” a gente que no lo supieran apreciar. Así tampoco quería cantar para los *Señoritos*, habiendo presenciado las fatigas de su propio padre, de ahí su rebeldía que se fue reforzando con la edad.

Sólo cantaba por gusto en las ventas, de noche. Nos cuenta que era entonces muy solitario y salvaje, que no quería saber nada de la sociedad. Con una sonrisa llena de toda la irreverencia que le caracteriza, añade que sigue igual, *sin querer saber nada de ella*, que el mismo se confiesa algo “raro”.

Pero ya tenía muchos hijos, y no podía darles de comer con el sólo trabajo de la fragua. Fue entonces cuando cedió poco a poco al empujo de sus amigos que le animaban a emprender su carrera, quizás también estimulado por sus mayores admiradores. Así es como, pasados los 30, a pasos lentos, muy tímido entonces, se fue dedicando de lleno al cante.

Ha vuelto a sacar del fuego su pieza, y a la vez que la golpea a compás nos dice para terminar que ahora es por el contrario, el trabajo de la fragua que sólo hace por gusto, para forjar algunas piezas para su casa o para algún amigo. Pero que ya no practica ese oficio, ni lo va a volver a practicar.

Añade con una sonrisa irreprehensible, arrolladora, con esos dientes de oro que exhibe con orgullo: *“que sin embargo piensa seguir cantando hasta que cumpla al menos 110 años.”*

(...)

(...)

(...)

SECUENCIA 9. PATIO CASA MANUEL AGUJETAS EXT/DÍA

« *Yo no sé leer ni escribir ni nada de eso* »: esa frase, Manuel Agujetas la pronuncia a menudo, ante todo porque para él no es un motivo de deshonra. Sólo fue una vez a la escuela y se escapó corriendo.

Al igual que su dientes de oro de los que, lejos de avergonzarse, parece presumir como si de una joya se tratase, o sencillamente porque están hechas con el metal más espléndido y más caro que existe, el más valorado en el mundo entero, y, de manera ancestral en la cultura gitana.

Manuel reivindica el ser analfabeto, insistiendo que él procede de la tradición oral, y que el no saber leer ni escribir, supone una memoria extraordinaria, al no poder “descansar” sobre lo escrito.

Así es como explica que su cabeza nunca puede parar, que siempre “*está en marcha*”, en busca de alguna letra que le vuelve “de repente”, años después, pero que no recupera por completo enseguida. Sólo, gracias a esa memoria en estado de continua vigilancia, acaba siempre por aparecer entera, en el momento menos esperado.

También, con su descarro habitual, llama la atención sobre el hecho que componer Letras de esa manera, sin poder apoyarse sobre lo escrito, es un trabajo doblemente difícil... Pero según él, de esa manera sabe mejor como *suenan* una palabra, y consecuentemente, una letra detrás de otra ya que “*las*

Letras también son música...”, y están ligadas a lo que él llama “el saber pronunciar”...

El contenido de una letra para Manuel Agujetas tiene fuerza a la medida de las fatigas que uno pasa o ha pasado, alguien que siempre ha tenido una vida confortable, poco tiene que transmitir.

En toda esa secuencia, lo que tiene que quedar muy evidente (lo mismo en la secuencia anterior) es que todo aquello que es un motivo de complejo para cualquiera (el no tener un registro de nacimiento, el no saber leer o escribir) él lo transforma en un motivo de orgullo. Tenemos que entender que es muy consciente que la sociedad considera el ser analfabeto no sólo como una carencia grave, un verdadero handicap, sino que a ojos de todo el mundo, equivale también infaliblemente a una falta de cultura: para Manuel Agujetas no significa lo mismo en absoluto.

Esa manera de ver, esa total independencia de espíritu, es para mí una de la particularidades más interesante de M. Agujetas: detrás de lo que no deja de ser una continua “representación de sí mismo”, caricatural, provocativa, irreverente, entrando de manera exagerada en el papel del “*primitivo*”; detrás de todo ese teatro y de esa insolencia, se esconden para siempre las inmensas fatigas y humillaciones que sólo conocen los que nacieron muy pobres. Detrás también se esconde para siempre un ser que, siendo joven era, al contrario del actual -que incomoda por su gesto jactancioso- muy humilde y tímido, cosa que descubriremos gracias a los archivos de “Rito y Geografía del Cante”, hasta el punto que no se atrevía a ser cantaor profesional.

Pero conforme ha ido madurando, con las experiencias, con la vida del cantaor que viaja a través del mundo con su cante, supo cada vez más el valor de lo que le fue transmitido, y cada vez ha estado menos dispuesto a venderlo ni a venderse por nada, a traicionar esa herencia que ha ido valorando cada vez más. Una herencia a la que en cada momento hace referencia, expresando por cada poro de su piel que muy pocos conocen realmente su valor, y que van quedando menos.

Pero M. Agujetas ha hecho incluso más: transformó aquellas carencias en riquezas, y no entró en la actitud avergonzada del aconplejado por donde una sociedad -de la que siempre se ha sentido muy apartado- parece doblegar a los seres humanos. Una sociedad que intenta nivelar a todos, es decir anular las diferencias y la especificidad de cada uno y de cada cultura (incluso dentro de un mismo país) para someterlo a una imagen de lo “bello”, lo “digno”, lo “correcto”, lo “deseable” etc., en resumidas cuentas: para transformarlo en un consumidor perfecto desprovisto cada vez más de personalidad propia y manipulable a voluntad.

Es a la vez el ser tan entrañablemente anticonformista y a contra corriente, revalorizando continuamente su herencia, lo que hace de Manuel Agujetas una figura de valor singular a mis ojos,

Más allá de su valor artístico, del estilo de su cante que yo calificaría casi de “expresionista” (es un *rugido* más que un cante, con sabor arcaico, un sabor a tierra, “un diamante sin pulir” como lo califica Moraito, difícilmente puede seducir a los enamorados de la melodía, no tiene la prodigiosa musicalidad de Camarón por ejemplo, su afinación alucinante) el cante de Agujetas, según las sensibilidades, gustos, procedencias y conocimientos de los aficionados, llega más o menos. Pero al que le toca le duele y le hiere al mismo tiempo que le sosiega.

En cualquier caso es un cante rancio, viene de una tradición precisa que podemos escuchar en los pocos documentos sonoros que se conservan de Manuel Torre por ejemplo, y del que queda ya muy pocos intérpretes.

Es también en ese sentido que realizar ese trabajo es importante para mí: pensar que el día en que esa forma de cantar, ligada a una forma de vida, habrá desaparecido, ese retrato cinematográfico de Manuel Agujetas, cobrará un valor añadido: el de un documento, de un documento “vivo”.

Para Manuel, parece que la sociedad ha olvidado por completo la tradición oral y que esa, sin embargo, sí era una verdadera cultura, una cultura “incorporada”, llevada hasta lo más hondo del ser, asimilada y que transformaba la existencia. Mientras que el hecho ahora, todo el mundo y todas las nuevas generaciones sepan leer y escribir, por la utilización que hacen de ello mayormente, estamos con derecho a preguntarnos si la alfabetización *hoy* (con la “contaminación” mediática para empezar), significa de hecho una mayor cultura... Pero ahí no sé si soy yo la que habla o él: expreso lo que él siente y lo que también siento yo, es parte de lo que me ha aportado, no sólo porque jamás había conocido tan cerca a un representante vivo de la tradición oral, que la vive en cada momento, sino porque me ayudó a entender, luego a formular, lo que era en mí tan sólo una intuición tenaz. Es un punto de simbiosis más, no es ninguna casualidad que de un encuentro así, tenga que nacer algún fruto algún día: ese fruto es ese retrato que sólo puedo realizar a través del “séptimo arte”, aquel que restituye lo más cerca la vida, entre otras cosas gracias a su relación única al tiempo: a través del cine.

(...)

(...)

**SECUENCIA 15. TERRAZA CASA MANUEL AGUJETAS. EXT/
DÍA**

Bajo un sol arrasador, Manuel primero nos ha de contar el hecho, muy importante para él, que toda su casa la ha hecho él con sus manos, ¡hasta el pozo!. Sí, el sólo, sin una maquina, con una simple pala.

Todo lo ha hecho sin tener idea alguna del oficio de albañil, pero eso no le importa lo más mínimo. Tal como sale y ya está: si está recto, perfecto, y sale torcido, “pues torcido”...

En aquella terraza se abordará seguidamente el tema especialmente espinoso de su edad: Manuel Agujetas sin registro oficial de nacimiento, y coqueto como él sólo, aprovecha ese hecho para tener la edad que le da la ganas y sin duda nos hará creer una vez más en su eterna juventud. De todos modos, ¿quién puede dudar de su vitalidad? Entonces, que más da la edad...

(...)

(...)

(...)

SECUENCIA 24. PATIO CASA MANUEL AGUJETAS. EXT/ NOCHE

Noche de verano al aire libre, noche de grillos que parecen cantar, como el cantaor, a pleno pulmón. Con ese cante y una luz que sólo alumbra el rostro de Manuel Agujetas, quisiera que pudiésemos sentir ese bendito frescor nocturno, la riqueza y los matices de los olores de la noche del campo andaluz...

La primera imagen de esa secuencia es un plano cerrado sobre un Manuel Agujetas más joven en un televisor (pero no tan joven como en los archivos de «Rito y Geografía del Cante»). Un especialista de flamenco está *en off* está presentando en la televisión a Manuel de los Santos Pastores, Agujetas de Jerez, pero no le vemos: sólo vemos a Manuel escuchándolo, sentado frente al televisor, en el exterior de su patio. Escucha y no escucha, no para de gesticular, incomodo.

Obligar M. Agujetas a escucharse y a verse equivale a una tortura para él, y la tarea no es fácil. Pero por ello me interesa especialmente ponerle en dicha situación, no por crueldad de mi parte obviamente, sino porque de esa confrontación con él mismo, él de *antes*, sólo puede salir algo interesante: y es que huye continuamente de su pasado, el artístico como el de sus vivencias,

pasando página continuamente. Sólo vive el momento, no se interesa por el pasado, aunque se trate de las horas anteriores.

Por otro lado jamás quiere conocer lo que opinan de él o de su cante –no hay separación entre ambos- y menos aún si se trata de críticos. Buenas o malas, las críticas no le interesan en absoluto, de lo que se publica después de un concierto suyo, no quiere saber nada.

Cuando el flamencólogo -se trata pues de un «íntelectual»- empieza a definirle con metáforas supuestamente muy poéticas, Manuel pone una cara muy cómica, un cara de asombro que parece decir: « *¿Pero que está contando ese?*», aquellas frases no las entiende, no las quiere entender, no hace el mínimo esfuerzo en ese sentido ya que para él todo eso es pura mentira, adorno inútil, artificioso y vano.

Finalmente, “el” Manuel Agujetas de unos 45 años se pone a cantar en el televisor: nos quedamos con los planos más cerrados de su cara, con el fin de estar lo más cerca de él, de lo que pasa en él cuando canta, para poder entender como saca de él aquellos sonidos y lo que trasmiten, presenciar esa batalla interior que es el cante.

Entonces, aunque algo violento, Manuel ya se concentra y se esfuerza en escucharse y hasta en mirarse cantar. Pasamos del plano cerrado sobre su cara escuchándose y viéndose, a la imagen de archivo de él cantando. Lo que llama la atención es que se mira a sí mismo como si de un extraño se tratase. Pero su falta de indulgencia para aquel que se está dejando la piel en aquel programa, se hará cada vez más evidente. Aquel que lo mira, que no es otro que él mismo con más años, se queda con una impasible frialdad.

Sus gestos son críticos y despreciativos en cada remate... Conforme pasa el visionado parece que ya no se tratase de un extraño, ¡sino ya de un rival!: ¿Se puede tener celos de uno mismo? ¿Podría ser que él Manuel Agujetas mayor sienta celos hacia el Manuel Agujetas más joven? Visto su personalidad que sólo reconoce el presente y avanza en la vida renegando o dando la espalda a lo que ha sido, sería muy posible.

Para saberlo, habrá que esperar al veredicto final, que promete ser terrible...

(...)

(...)

(...)

(...)